

Editorial

Una de las consecuencias de la formidable expansión de los Estudios Culturales en el mundo académico actual ha sido el eclipse de la Filología como disciplina y, en menor medida, también de la Narratología como ciencia dedicada al estudio del funcionamiento de la ficción, independientemente de la presunta ideología transmitida por esta. Sin entrar en los méritos o deméritos de la epistemología de tales Estudios Culturales, parece evidente que el nuevo hincapié en el contenido y el presunto mensaje de las obras deja de lado a veces el hecho de que tal contenido se expresa a través de diferentes formas en la literatura y, más concretamente, en la literatura de ficción y que los lectores no suelen escoger lo que leen con el fin de ser adoctrinados en lo que los adoctrinadores consideren aconsejable y correcto en un momento dado, sino que suelen buscar un placer que podría calificarse de estético. Además, para guiarse en su elección, no es raro que busquen obras del mismo género discursivo y temático que otras de las que hubieran disfrutado antes. Pero ¿cómo orientarse a falta de estudios históricos y narratológicos sobre tales géneros? ¿Cómo no sentirse defraudados cuando una etiqueta comercial de un libro resulta inexacta, simplemente porque faltan definiciones y caracterizaciones taxonómicas correctas, y también falta una historia de su evolución? Está claro que las definiciones y taxonomías en literatura no pueden aspirar el rigor científico,

por ejemplo, de la botánica, pero intentar crearlas puede contribuir a la construcción de un consenso o, al menos, a alimentar un debate constructivo que ayude a los lectores a entender mejor por qué puede considerarse que una ficción concreta pertenece, por ejemplo, a la ficción especulativa y, dentro de ella, a alguna de sus variedades, de forma que puedan saber qué y por qué leen con mayor conocimiento de causa. Con ese propósito, el presente número de *Hélice* se dedica en gran medida a esa clase de indagaciones, que parten de conjuntos de obras concretas, ofreciéndolas incluso a veces en traducción, porque no hay nada que demuestre mejor un argumento literario que ofrecer los textos en que se fundamenta. Además, así no solo se enriquece aquel debate teórico al que aludimos, sino que se amplía también el propio corpus de obras literarias a la disposición de los lectores especializados o no, más allá de las barreras lingüísticas que nos privan del placer de tantas maravillas escritas en idiomas que no podemos leer. Por eso, la sección de Recuperados ha tenido tradicionalmente tanta importancia en *Hélice*, y la tiene incluso mayor en el presente número.

La mayor parte de los textos de aquella sección, traducidos al castellano por Mariano Martín Rodríguez, Javier Pacios y Juan Renales Cortes, desempeñan también una función de ilustración teórica de lo que el primero de esos traductores llama «fantasía legendaria» de carácter épico. En sus amplias introducciones

a textos traducidos de seis lenguas románicas, Mariano Martín Rodríguez describe esa especie literaria, resume su historia y señala su relación con la fantasía épica propiamente dicha, al tiempo que las liga a diferentes acervos épicos paganos que demuestran que ese tipo de fantasías se enraiza profundamente en la historia y cultura de los pueblos desde la Antigüedad. Leconte de Lisle, Giovanni Pascoli, Jeroni Zanné, Iuliu Cezar Săvescu, Teófilo Braga y Giacun Hasper Muoth recuperan leyendas de Egipto, Grecia, la India y otros lugares, y las reescriben de forma que no solo demuestran su pericia literaria a través de su escritura romántica o parnasiana, sino que también introducen novedades que van orientando tales leyendas revisitadas hacia la naciente fantasía épica. Es en este género de ficción en el que se puede clasificar con más facilidad otra clase de leyendas que el mismo estudioso y traductor considera arqueofantásticas y que recrean imaginativamente antiguas civilizaciones. El ejemplo que elige para ilustrar su teoría es un hermoso relato juvenil de Lluís Ferran de Pol, con el texto original publicado en apéndice.

También tiene rasgos arqueofantásticos la leyenda de la Mujer Muerta inventada por José Zahonero, que figura en este número traducida al inglés. Al parecer, su autor la inventó, pero su leyenda etiológica sobre el origen mítico de cierta forma de relieve en una sierra castellana pronto se volvió tradicional, esto es, se convirtió en una nueva materia pagana comparable, en su modestia, con otras que habían empezado a recobrar popularidad a lo largo del siglo XIX, según los filólogos las iban estudiando y traduciendo a las lenguas modernas, y según tales materias iban tornándose en motivos de orgullo étnico y nacional, en contraste con el internacionalismo cristiano. Este fenómeno de revalorización y reescritura de lo pagano autóctono encontró émulos importantes en

la península ibérica. Algunos como el catalán Jacint Verdaguer y el portugués Teófilo Braga retomaron las leyendas griegas de Hércules en occidente, mientras que otros, como los autores gallegos, deseosos más bien de separarse culturalmente de los demás pueblos latinos de aquella península, aclimataron leyendas irlandesas. Entre ellos, Ramón Cabanillas lo hizo de manera literariamente magistral en dos poemas que figuran traducidos al castellano en este número. Por su parte, los escritores vascos tenían la ventaja, desde el punto de vista de su distinción en el marco ibérico, de que su lengua autóctona no tenía parientes conocidos y podía constituir, por tanto, su propia familia étnica, a la que podía y debía corresponder su propia materia mítico-legendaria ancestral. El problema a este respecto era la inexistencia de monumentos de la literatura pagana antigua, tanto escritos como de tradición oral. Tan solo un breve poema del siglo XVI y los comentarios que sobre él mismo se escribieron en su época ofrecieron una pequeña materia original, llamada de Cantabria, en torno a las figuras de los imaginarios caudillos Lekobide y Lelo. Ambos inspiraron interesantes textos legendarios en el siglo XIX, la mayoría en castellano. La principal excepción fue una versión de la leyenda de Lelo, el Agamenón vasco-cántabro, escrita en vascuence por Juan Venancio de Araquistáin. Se trata de un poema inexplicablemente desdeñado en su propia literatura y cuya traducción al castellano en este número, con una amplia introducción contextual, tal vez contribuya a su revalorización.

Completan la amplia sección de Recuperados la traducción al inglés de un relato fictocientífico checo de Ladislav Velinský y una pequeña sección temática con dos relatos fabulosos brasileños sobre paraísos perdidos, uno tendente a la ciencia ficción, con rasgos

teoficticios, y el otro orientado hacia la fantasía épica, con tintes utópicos. Este tiene también un alto contenido mítico, en lo que coincide con la amplia obra del gran escritor asturleonés Roberto González-Quevedo centrada en el mundo legendario de Pesicia. Los péscicos eran los habitantes prerromanos de la región de origen del autor, pero la invención por este de sus mitos, sus costumbres, sus creencias y hasta de su literatura no pretende en absoluto recrear realidad (proto)histórica alguna. Pesicia es, a todos los efectos, un mundo secundario arqueofantástico muy cercano a la clase de mundos que podemos considerar propios de la fantasía épica. En la entrevista que le hace Mariano Martín Rodríguez, González-Quevedo explica el origen y el significado personal y público de su Pesicia, cuyo valor podrán juzgar los lectores a través de los dos textos péscicos que figuran tras la entrevista, en versión castellana del propio autor, demostrando así que conviene demostrar las afirmaciones literarias con hechos, es decir, mediante los textos mismos.

Siguiendo este método, Ioannis Markopoulos utiliza una serie de microrrelatos encadenados en prosa de uno de los grandes clásicos neogriegos del período de las vanguardias históricas para ofrecer un análisis apasionante de una modalidad de ficción llamada «heterocronía», que aúna lo fantástico y lo fictocientífico (peculiar) en torno a un concepto no lineal del tiempo. La traducción al castellano de esos relatos permite recurrir al propio texto para comprobar y entender mejor el fino análisis literario realizado por aquel joven investigador.

Otros estudios de la sección de Reflexiones se adentran aún en mayor medida en el difícil terreno de la taxonomía. Jesús Pérez Caballero no se centra tanto en la taxonomía literaria, sino en la clasificación funcional de los personajes

monstruosos que hacen de la novela *The Night Land* (1912), de William Hope Hodgson, una hazaña de la imaginación teratológica. Pérez Caballero realiza su análisis taxonómico de la teratología de Hodgson con el propósito, que alcanza sin duda, de mejorar simplemente la comprensión de la difícil novela que le sirve de objeto, sin meterse en la difícil cuestión de la clasificación de aquella narración genéricamente híbrida desde el punto de vista de la taxonomía literaria. En cambio, es esa clase de taxonomía en la que se centran otros dos Reflexiones.

José Antonio Calzón García parte de una antología de relatos españoles etiquetados como *steampunk* para no solo estudiar atinadamente sus características como obras literarias individualizadas, sino también para reflexionar en profundidad sobre el concepto de retrofuturismo literario. Este género, híbrido de por sí al combinar lo ucrónico, lo histórico propiamente dicho y lo fictocientífico, a veces añade a este hibridismo elementos fantásticos de terror, como en los relatos estudiados en este artículo. Tal mezcla dificulta enormemente la empresa taxonómica, pero tal dificultad supone también un reto muy atractivo, tanto en este género de ficción como en otros. José Luis Abalo Blanco ha respondido a ese desafío en relación con otra modalidad de ficción, la arqueoficción o ficción de mundos perdidos, esto es, sobre antiguas civilizaciones que habrían sobrevivido en lugares de difícil acceso hasta su descubrimiento por algún aventurero, normalmente varón. Ahí también tiene cabida lo fantástico, entre otros elementos que Abalo Blanco analiza concienzudamente siguiendo un método influido por el estructuralismo, pero que no se limita a su formalismo, ya que toda su taxonomía se funda en un profundo conocimiento de la historia de su objeto, sin desdeñar tampoco aludir a la cosmovisión

imperialista subyacente a numerosas arqueoficciones.

El conocimiento de la historia patente en este estudio también lo es patente en otro escrito, con cierto ánimo polémico y reivindicativo, por el escritor e investigador egipcio Emad el-Din Aysha acerca de lo sufi en la producción ficción científica árabe de las últimas décadas. Sus análisis de diversos relatos y novelas sugieren la riqueza de esa producción en lengua árabe. Se trata de valiosa información que hace lamentar aún más la falta de traducciones de esos textos, por ejemplo, al inglés. No obstante, su artículo no es solo útil como fuente de datos. Su análisis de la influencia del sufismo en la ciencia ficción árabe e islámica, e incluso fuera de ellas (Philip K. Dick es traído correctamente a colación), dibuja una forma original de concebir y de escribir ficción científica desde una perspectiva distinta a la común en el Occidente culturalmente cristiano, dando lugar así a una modalidad particular de aquel género que convenía señalar para general conocimiento.

Las dos secciones restantes de *Hélice* pretenden introducir más variedad en este número. En *Miscelánea*, Felipe Rodolfo Hendriksen ofrece un ensayo en el que ahonda sobre la categoría (anti)heroica de los protagonistas del clásico de la novela gráfica *Watchmen* (1986) y en otra de 2015 que se puede considerar derivada de la primera, pero con una perspectiva muy diferente sobre lo heroico. La comparación realizada por Hendriksen

ilumina un tema que, en el contexto bélico que vivimos hoy, tiene singular pertinencia. Lo mismo puede decirse del interrogante sobre la noción misma de progreso, en un sistema de capitalismo liberal extremo, que subyace a una vieja novela española de anticipación casi desconocida, *Un drama en el siglo XXI* (1903), de Camilo Millán, cuya reciente reedición por la editorial Gaspar & Rimbau reseña Hugo García, un buen conocedor de la historia de la utopía moderna en España. Pese al aparente conservadurismo de esa novela, el problema que planteaba en 1903 y había extrapolado a nuestro siglo XXI sigue pareciéndonos candente, y ahora no estamos más cerca que entonces de saber si el «progreso» nos llevará al firmamento o al abismo que lo que estaba Millán. Sea lo que sea, y que algún día veremos (o no, si a alguno de los guerreros de despacho que gobiernan en el mundo se le ocurre apretar el notorio botón rojo), la ficción especulativa une el pasado más mítico y el futuro más tecnológico, pasando por las alternativas ucrónicas, arqueoficticias o retrofuturistas, en un juego de la imaginación que ilumina nuestro llano mundo fenoménico, *realista* y lineal, tal y como sugieren los estudios y traducciones que siguen.

AVISO: A partir del próximo número, *Hélice* mantendrá su periodicidad semestral, pero el número de primavera-verano se dedicará únicamente a traducciones (Recuperados) y el de otoño-invierno, al resto de las secciones.